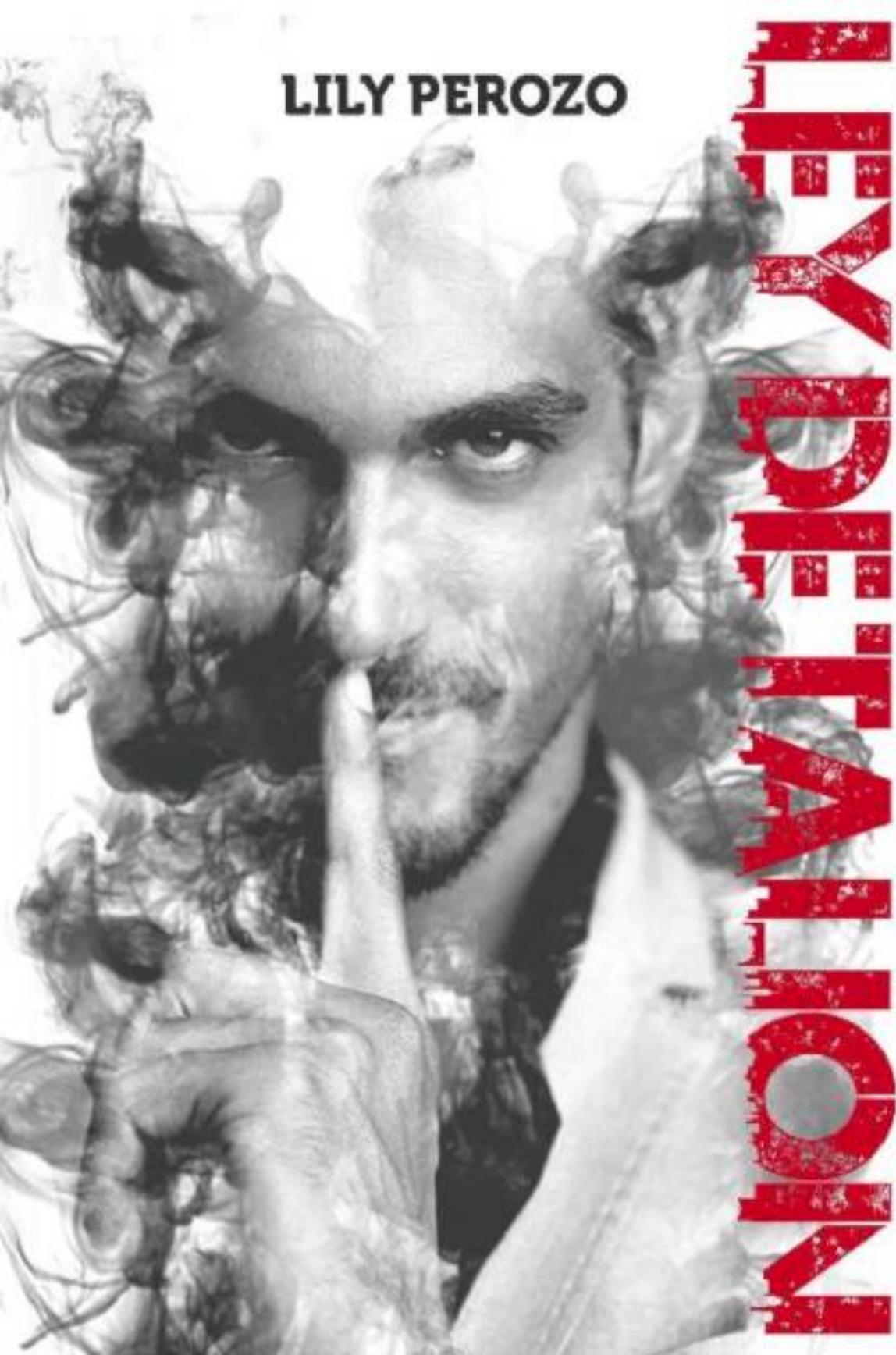


LILY PEROZO

THE
K
D
E
A
V
I
L
O
N



LILY PEROZO

A todas las personas que día a día luchan contra el cáncer.



A quienes lucharon y ganaron la batalla.



A quienes la perdieron, pero nunca dejaron de dar la pelea.

TABLA DE CONTENIDO

TABLA DE CONTENIDO 6

AGRADECIMIENTOS 8

CAPÍTULO 1 10

CAPÍTULO 2 14

CAPÍTULO 3 22

CAPÍTULO 4 29

CAPÍTULO 5 40

CAPÍTULO 6 46

CAPÍTULO 7 54

CAPÍTULO 8 62

CAPÍTULO 9 70

CAPÍTULO 10 77

CAPÍTULO 11 86

CAPÍTULO 12 94

CAPÍTULO 13 100

CAPÍTULO 14 108

CAPÍTULO 15 116

CAPÍTULO 16 123

CAPÍTULO 17 130

CAPÍTULO 18 138

CAPÍTULO 19 146

CAPÍTULO 20 155

CAPÍTULO 21 164

CAPÍTULO 22	173
CAPÍTULO 23	181
CAPÍTULO 24	190
CAPÍTULO 25	197
CAPÍTULO 26	204
CAPÍTULO 27	212
CAPÍTULO 28	223
CAPÍTULO 29	230
CAPÍTULO 30	237
CAPÍTULO 31	246
CAPÍTULO 32	256
CAPÍTULO 33	264
CAPÍTULO 34	274
CAPÍTULO 35	284
CAPÍTULO 36	292
CAPÍTULO 37	299
CAPÍTULO 38	309
CAPÍTULO 39	317
CAPÍTULO 40	328
CAPÍTULO 41	336
CAPÍTULO 42	347
CAPÍTULO 43	357
CAPÍTULO 44	368
CAPÍTULO 45	377

CAPÍTULO 46	384
CAPÍTULO 47	395
CAPÍTULO 48	403
CAPÍTULO 49	413
CAPÍTULO 50	421
CAPÍTULO 51	431
CAPÍTULO 52	439
CAPÍTULO 53	447
CAPÍTULO 54	455
CAPÍTULO 55	466
CAPÍTULO 56	478
CAPITULO 57	488
CAPÍTULO 58	500
CAPÍTULO 59	510
CAPÍTULO 60	519
PLAY LIST	542
CONTACTA A LA AUTORA	543

AGRADECIMIENTOS

Ley de Talión, una historia que fue escrita hace mucho tiempo, pero que decidí sacar del baúl, al hacerlo me di cuenta de que tenía muchos errores e incoherencias, detalles que sin duda le restaban brillo, pero sobre todo profesionalismo.

Eran incongruencias que cuando empecé a escribir no tenía la mínima idea de que podría mejorar, pues para la Lily Perozo de ese entonces, estaba bien, pero a la Lily Pero-

zo de ahora, la que ha ido evolucionando con cada historia publicada, con cada consejo que ha recibido, esa Lily que busca día a día mejorar, no podía permitirse presentar la historia de April, Edmund y Natalia de esa manera.

Fue por eso que decidí perfeccionarla y en la misma medida compartirla con quienes quisieran darle la oportunidad, para mí fue una maravillosa sorpresa ver cómo domingo a domingo, capítulo a capítulo, se sumaban lectoras, comentaban sobre los personajes, sobre sus vidas.

Una historia que fue más allá de un grupo, porque gracias a la lectura de cada domingo, muchas chicas con el mismo gusto por los personajes se fueron haciendo amigas, fueron conociéndose más, y eso no era algo previsto cuando escribí la historia, no sabía que llegaría a influenciar de esa manera en las vidas de quienes la leyeran, por eso mi especial agradecimiento es para todas las personas que le dieron la oportunidad desde el primer capítulo, y también a quienes se fueron sumando cada semana.

Ahora solo falta que conozcan el desenlace, el cual podrán disfrutar porque el libro llegará a sus manos, gracias al maravilloso equipo de preventa, conformado por valiosas mujeres, que sin esperar nada a cambio, hacen lo posible para que sin muchas complicaciones puedan tener sus libros. Estoy totalmente agradecida con ellas.

Gri Del Moro, Evelin Figueroa, Dayana Ortiz, Danitza Pereira, Andrea Aljaro Rodríguez, Brenda Muñoz, Fátima Nevado, Fernanda Díaz, Jessica Fermín, Lina Perozo, Pilar Heredia y Sandra Ordoñez: Gracias por ayudar a que todas tengas sus libros.

No puedo dejar por fuera a las administradoras del grupo que siempre estaban dispuestas a orientarlas o a dar respuesta prontamente.

Sras. Garnett es un grupo como ningún otro, donde reina la amistad, el ser solidario, el respeto y la tolerancia, sé que algunas veces existen discrepancias, pero eso pasa hasta en las mejores familias, y es que el grupo es una hermosa familia.

No puedo olvidar a quienes colaboraron en revisar la historia, en busca de errores que siempre se escapan a los ojos de quien escribe, siempre agradecida con Jessica Fermín porque estar dispuesta a corregir todos mis errores; y en esta oportunidad se sumaron Yolanda Guerrero, quien dejó de dormir para darle una última revisada y Georgina Maio, quien también se ofreció a leer y colaborar para que la historia, llegue a sus manos lo mejor posible.

Por último y no menos importante, la chica que se encarga de hacer la parte más atrayente del libro, gracias Tania Gialluca, por tu invaluable aporte con las tapas de todos mis libros.

¡Gracias, muchas gracias a todas las que dejaron que Edmund Broderick entrara en sus vidas!

CAPÍTULO 1

Edmund no se despidió del funcionario policial que le abrió la puerta, estaba concentrado en ponerse el reloj de pulsera, y fijó su mirada gris en la delgada aguja que contaba los segundos, paradójicamente ese pequeño objeto en su muñeca, le anunciaba que después de diez años, el tiempo volvía a tener sentido.

Por fin estaba libre y no sabía qué hacer con tanta libertad, ni siquiera sabía qué significado darle a esa palabra, era consciente de que debía empezar de cero y completamente solo. Había entrado en ese lugar con tan solo diecinueve años, y en ese entonces ni siquiera tenía claro qué quería ser en la vida, ahora con veintinueve seguía sin saberlo.

Caminaba por el pasillo enmarcado en rejas, de un lado estaban las paredes que se levantaban muchos metros por encima de él, las mismas que lo mantuvieron aislado del mundo por tanto tiempo; y del otro lado había un estacionamiento al aire libre, repleto de vehículos de diferentes marcas, colores y tamaños.

Se detuvo, sintiéndose dubitativo, con ganas de regresar a su celda, porque empezaba a temerle a la libertad; se giró y observó una vez más el edificio marrón que seguía manteniendo el mismo color y la misma fachada que cuando entró, era como si todo se hubiese quedado suspendido a la espera de ese momento.

Suspiró y se volvió nuevamente hacia la salida, mientras recorría ese largo pasillo con el candente sol en lo más alto. Quiso imaginar a sus padres esperándolo, seguramente su madre estaría llorando de felicidad y su padre lo abrazaría, haciéndolo sentir de vuelta, pero estaba seguro de que eso no pasaría, porque murieron mientras él estuvo encerrado.

No pudieron costear el tratamiento para curar el cáncer que acabó con la vida de su madre, porque se habían gas-

tado todo el dinero, intentando inútilmente sacarlo de ese inmerecido infierno en el que le tocó vivir.

Al final del pasillo, lo esperaba el único hombre que lo había visitado durante diez años, el único encargado de informarle cómo seguía el mundo exterior, del que a partir de ese momento volvería a ser parte. Hombres con la honorabilidad y el gran corazón de Walter, seguramente muy pocos existían.

Siguió defendiéndolo sin importar que nadie le pagara, demostrando que más que ese abogado, que su padre le había contratado, se había convertido en su amigo, o era que quizás simplemente le tenía lástima.

—Bienvenido a la libertad Edmund —dijo con una franca sonrisa, ofreciéndole la mano.

—Gracias por la ropa y el reloj. —Recibió el saludo del abogado al que conoció con el cabello negro, y con el paso de los años, había sido testigo de la evolución de las canas en sus patillas y sienes.

Walter le había llevado el día anterior la ropa que llevaba puesta y el reloj, porque si no, le hubiese tocado salir desnudo, extrañamente así se había sentido en el momento en que dejó sobre la cama el uniforme de prisión, el que desde hacía mucho había empezado a ver como una segunda piel.

—¿Listo para ir a casa?

Edmund volvió a mirar hacia el edificio marrón, en una silenciosa despedida y se mantuvo callado por algunos minutos.

—No lo sé —respondió al fin, regresando la mirada al abogado.

—Comprendo... Debes estar un poco desorientado, pero te acostumbrarás rápidamente, ya verás.

—Eso espero —dijo escuetamente.

—Vamos. —Le llevó una mano a la espalda para que avanzara—. Ya la casa está esperando por ti, allí tienes comida y ropa. No tendrás nada de qué preocuparte, por al menos quince días.

—No era necesario —habló, mientras caminaban por la grava, hacia donde los esperaba la camioneta del abogado.

—No te preocupes, no me cuesta nada.

—¿Por qué lo haces Walter? —preguntó, mirando al hombre que le abría la puerta del vehículo—. ¿Por qué simplemente no te desentendiste de mí y me dejaste solo? No tengo cómo pagarte.

—No te estoy cobrando Edmund, lo hice porque quise y no me voy a desentender de ti, no descansaré hasta que seas un hombre de bien — respondió y cerró la puerta, bordeó la camioneta y subió—. Así que ve pensando en la manera de no defraudarme. —Sonrió sinceramente y puso la camioneta en marcha.

Realmente no había abandonado a Edmund Broderick porque se lo había prometido a su madre antes morir. Contrariamente de lo que se esperara, ella había muerto dos meses después que su esposo, quien estaba totalmente sano y quien en vida luchó por salvarla, pero de nada le sirvieron todos sus conocimientos médicos, porque él murió en un accidente automovilístico mientras la llevaba a ella al hospital, y el cáncer aprovechó su ausencia para devorárse-la rápidamente.

—Pondré todo de mi parte para no hacerlo, mañana mismo empezaré a buscar trabajo. —Miró al paisaje a su alrededor, reencontrándose con la ciudad, sus impresionantes rascacielos, su agitada y frívola vida que empezaba a aturdirlo, era volver a todo eso de golpe, y no terminaba de asimilarlo.

Walter prefirió guardar silencio, al percatarse de que Edmund estaba concentrado en lo que lo rodeaba.

A Edmund le pareció una eternidad desde que salieron del centro de detención, hasta Eastern Shores, donde se encontraba su casa, cuando realmente el recorrido solo les había llevado un poco más de una hora.

Al bajar de la camioneta miró con añoranza ese lugar, en el que había crecido. Su casa con jardines tropicales de altas palmeras, piscina y un atrayente frente que daba al

mar, contaba con un muelle, donde siempre estaba anclado el yate de su padre, ese que tuvo que vender para poder pagar el mantenimiento del lugar, también tuvo que concederle el permiso a Walter para que vendiera los autos y todos los electrodomésticos.

Cuando entró sintió una gran presión en el pecho, estaba tal y como la recordaba, solo faltaban pocos muebles, pero se mantenía limpia. Caminó lentamente hacia la terraza, donde la brisa marina le refrescó la cara y le inundó agradablemente el olfato con su aroma a salitre, ese que tanto había extrañado, al frente tenía la bahía, seguía hermosa e impresionante. Le parecía que había muchos más edificios que la última vez que la había visto.

—Si tienes hambre, en la nevera encontrarás comida preparada, y junto al teléfono te dejaré mi número, por si necesitas comunicarte —comentó Walter, al ver a Edmund ensimismado. Se detuvo a su lado mirando en la misma dirección, sin terminar de despedirse, quería seguir ahí, haciéndole compañía, porque sabía que ese era un momento muy difícil para él. Edmund había salido de esa casa espasado, cuando apenas era un chico, y ahora regresaba siendo un hombre totalmente solitario—. Si necesitas algo más, solo tienes que pedirlo. —Se aventuró a cortar el silencio.

—Gracias Walter... ¿Podrías dejarme solo, por favor? —pidió con la voz ronca, conteniendo el llanto que se le arremolinaba en la garganta, producto de sus recuerdos y del dolor de su más crudo presente.

—Sí, lo haré —dijo en voz baja, y salió del lugar.

Edmund escuchó cuando la camioneta arrancó, aun así, él siguió conteniendo el llanto todo lo que pudo, sin apartar su mirada borrosa por las lágrimas de la bahía.

Carraspeó varias veces, tragándose las lágrimas que le ahogaban la garganta; incontables veces había imaginado ese momento, pero nunca pensó que sería tan doloroso llegar a una casa sin la presencia física de nadie más, pero colmada de recuerdos.

Decidió regresar al interior, evitando ir a cada rincón; prefirió subir y entrar a la habitación que habían ocupado sus padres. Sabía que era un golpe realmente fuerte, como los que venía recibiendo desde aquella maldita noche en que su vida se hizo mierda, pero debía afrontarlo con valor.

Abrió la puerta y encendió la luz, y como lo había solicitado, la habitación seguía intacta, cada cosa en su lugar, todas las pertenencias de sus padres invadían el espacio, aunque todo eso no era más que un teatro, un espejismo en el que quería creer y aferrarse, porque ni siquiera el aroma de los medicamentos que usaba su madre se hallaba en el lugar.

Caminó hasta la cama y se sentó, recorriendo con su mirada cada espacio, cada detalle, reviviendo momentos que le hubiese gustado valorar mucho más.

Sobre la mesita de noche se encontraban los mismos tres portarretratos, con fotografías familiares de diferentes etapas de sus vidas.

Agarró uno en el que él estaba en medio de sus padres, vestido con su toga y birrete, el día en que se graduó de la secundaria; se quedó admirando la fotografía por mucho tiempo, intentando darle vida a esa imagen. Si tan solo pudiera retroceder el tiempo a ese momento, aniquilaría su maldita debilidad y cambiaría totalmente las cosas.

La culpa y la impotencia seguían latiendo desesperadas dentro de él, de manera inevitable se llevó la fotografía al pecho y se echó a llorar, en medio de sonoros sollozos, se dejó caer en la cama, permitiéndose liberar el dolor por la muerte de sus padres cinco años atrás, a los que no pudo ver por última vez, porque ni siquiera pudo asistir a los funerales.

Lloró amargamente, prometiéndose que sería la última vez que lo haría, por lo que se desahogó hasta quedarse dormido.

CAPÍTULO 2

Le había prometido a Walter que encontraría un trabajo, que daría todo por volver a retomar su vida; sin embargo, llevaba dos meses inútilmente buscando un espacio en la sociedad, en la que debía integrarse, pero sencillamente siempre terminaban rechazándolo, alegaban que no aceptaban a empleados sin estudios universitarios culminados, pero quién necesitaba un maldito título de ingeniero o abogado para servir tragos en algún bar o repartir pizzas.

Estaba seguro de que no lo aceptaban porque era un ex presidiario, tenía tatuado en la frente que era un delincuente en el que no debían confiar, porque no importaba que hubiese pagado diez años de castigo, la gente pensaba que nunca cambiaría; por el contrario, que había salido peor.

La primera semana consiguió limpiar un par de piscinas, pero al parecer, ya nadie en la isla necesitaba de sus servicios; se ofreció para pasear las mascotas, y nadie quiso poner a su cuidado a los indefensos animalitos que eran parte de la familia.

—No sé qué hacer Walter, lo he intentado todo... Lo que he conseguido reunir ni siquiera alcanza para pagar el condominio, mucho menos los servicios públicos —confesó, sintiendo que la impotencia lo gobernaba.

Le había costado mucho llamar a Walter para que le prestara su ayuda, lo hizo cuando se dio cuenta de que definitivamente no iba a salir de eso solo.

—Quisiera ayudarte —dijo con pesar, palmeándole un hombro—. No hay puestos vacantes en la firma, todos los días pregunto en Recursos Humanos. —Le dejó saber que por su parte, también estaba intentando encontrarle un trabajo en el bufete de abogados donde laboraba.

Edmund se llevó las manos al rostro y resopló, de repente le parecía que estar en libertad era más difícil que estar encerrado en una celda, que la vida lo tenía acorralado contra el filo de un cuchillo del que no quería dejarlo salir ileso.

—Venderé la casa. —Le dolió en el alma tener que tomar esa decisión, pero era la única solución, porque ya no tenía para seguir manteniéndola—.

Ayúdame a venderla.

—Edmund... No te deshagas de ella, es lo único que tienes..., lo único que te queda de tus padres. —Le dijo Walter, mostrándose realmente preocupado, aunque sabía que el joven no tenía más opciones, porque el mantenimiento del lugar era sumamente costoso.

—Lo sé, sé que es lo único que me queda, pero Walter..., no puedo pagar... No encuentro un maldito trabajo, sé que es porque soy un ex convicto y eso es algo que no puedo cambiar, no puedo cambiar mi pasado, y el presente no me lo perdona, no me da tregua.

—Estoy al tanto del problema que representa la inserción en la sociedad, sé que es un camino de espinas, es por eso que la mayoría vuelve a cometer los mismos errores, y no por decisión propia. —Walter contaba con los años de experiencia como para hablar con propiedad—. ¿No has considerado cambiarte el nombre? Eso te podría ayudar de mucho.

—Si eso verdaderamente va a ayudarme, no tendría problema en hacerlo, solo dime qué tengo que hacer y cuánto tiempo se llevará.

—Los trámites son un poco molestos y aunque el proceso no es costoso, se lleva unos seis meses obtener la resolución —explicó, totalmente esperanzado.

—A pesar de todo, no es mucho tiempo, igualmente venderé la casa, porque no tendré para el mantenimiento... Quizás invierta parte del dinero en algo que me ayude a obtener más ganancias y así dedicarme a estudiar.

—Si esa es tu decisión la respeto, prometí que te ayudaría y eso haré, solo espero que el dinero que piensas invertir sea en algo legal.

—Gracias Walter, prometo que será legal, no tengo la más remota idea de lo que será, pero esta noche lo pensaré. Solo quiero encontrarle algún sentido a mi vida, porque

desde el día en que murió mi madre lo perdí, no sé realmente si vale la pena luchar, porque no tengo algo que me incentive a hacerlo.

—No hace falta nada ni nadie que te incentive a retomar tu vida, hazlo por ti, aunque tal vez el amor por una mujer te ayude con eso, pensar en formar una familia...

—Realmente no estoy interesado en involucrarme con una mujer, al menos no como para darle un sentido a mi vida.

Dos meses después, Edmund se despedía de la que había sido su casa, donde gateó, dio sus primeros pasos y empezó a correr, en ese lugar estaban los mejores y más atesorados recuerdos.

Con las semanas, su certeza de que no podría mantenerla se hizo más fuerte, no contaba con los medios, pero se juraba que algún día la recuperaría, o tal vez debía hacerle caso a Walter y dejar de manera definitiva el pasado atrás, empezar una nueva vida, con nuevas metas y nuevos horizontes.

Walter le consiguió una casa más pequeña y en una zona menos costosa, pero no fue de su agrado, realmente nada sería de su agrado, porque nada se compararía con lo que para él había sido su hogar.

Terminó conformándose con un apartamento tipo estudio, mucho más económico que la casa, así ahorraría mucho más. Había pensado en varias oportunidades de negocios, como abrir un restaurante, pero nunca le había gustado la cocina y no se veía administrando algo como eso, si cuando estuvo en prisión, prefería que lo enviaran a limpiar los baños que irse a la cocina, así que estaba seguro de que invertir todo lo que tenía en un restaurante, sería un fracaso.

Mientras encontraba en qué invertir el dinero, se había inscrito en un instituto técnico, para complementar sus es-